

1877
Ciudad de Guatemala

El Civilizador

Justo Rufino Barrios, presidente de Guatemala, cierra los párpados y escucha estrépitos de ferrocarriles y máquinas de vapor violando el silencio de los conventos.

No hay quien pare a los colorantes sintéticos en los mercados del mundo y no hay quien compre la grana, el añil y la cochinilla que Guatemala vende. Es la hora del café. Los mercados exigen café y el café exige tierras y brazos, trenes y puertos. *Para modernizar el país,* Barrios expulsa a los frailes parásitos, arrebata a la Iglesia sus tierras inmensas y las regala a sus amigos más íntimos. También expropia las tierras de las comunidades indígenas. Se decreta la abolición de la propiedad colectiva y se impone el peonaje obligatorio. *Para integrar al indio a la nación,* el gobierno liberal lo convierte en siervo de las nuevas plantaciones de café. Vuelve el sistema colonial del trabajo forzado.

Los soldados recorren las fincas repartiendo indios.

1879
Ciudad de México

Los socialistas y los indios

Causa pena decirlo, pero es preciso. El coronel Alberto Santa Fe denuncia desde la prisión de Tlatelolco: los indios eran más dichosos bajo el dominio español. *Hoy se les llama pomposamente libres y son esclavos.*

Según el socialista Santa Fe, que ha desatado la insurrección de los indios del valle de Texmelucan, los males de México vienen de la miseria del pueblo, que a su vez viene del acaparamiento de la tierra en pocas manos y de la falta de industria nacional, *porque todo nos viene del extranjero pudiendo hacerlo nosotros.* Y se pregunta: *¿Debemos preferir perder la indepen-*

dencia y ser una colonia norteamericana, o variar la organización social que nos ha arruinado?

Desde el periódico *El Socialista*, Juan de Mata Rivera también proclama que mejor estaban los indios en la colonia, y exige que les devuelvan sus tierras: no hay ley que otorgue derecho a los ladrones sobre los frutos de la violencia y la infamia.

Al mismo tiempo, los campesinos de Sierra Gorda difunden su *plan socialista.* Acusan al latifundio despojador, raíz de toda desgracia, y a los gobiernos que han puesto a los indios al servicio de los terratenientes. Proponen que se declaren *pueblos* las haciendas, restituyendo la propiedad comunitaria de tierras de labranza, aguas, montes y pasturas.

1879
Isla de Choele-Choel

A tiros de Rémington



los soldados argentinos conquistan veinte mil leguas de tierras de indios.

El mercado de Londres exige la multiplicación de las vacas; y estalla la frontera. Para que los latifundios de la pampa crezcan hacia el sur y hacia el oeste, los fusiles de repetición vacían *los espacios vacíos.* Limpiando de salvajes la Patagonia, incendiando tolderías, haciendo puntería sobre indios y avestruces, el general Julio Argentino Roca culmina la brillante carrera militar que había iniciado en las guerras contra gauchos y paraguayos.

En la isla de Choele-Choel, en el río Negro, cuatro mil soldados polvorientos asisten a misa. Se ofrece a Dios la victoria. La campaña del desierto ha concluido.

Los sobrevivientes, indios, indias, botín de la frontera, son repartidos en estancias, fortines, caballerizas, cocinas y camas. Más de diez mil, calcula el teniente coronel Federico Barbará. Gracias al altruismo de las damas argentinas, dice Barbará, los niños salvajes cambian el chiripá por el pantalón y adquieren cara de humanos.

1879
Buenos Aires

Martín Fierro y el crepúsculo del gaucho

José Hernández publica en Buenos Aires la última parte del Martín Fierro, canto de agonía del gaucho que hizo la patria y sin patria se ha quedado. Desde hace un tiempo circula por los campos rioplatenses la otra mitad del espléndido poema y sus versos son de tan primera necesidad como la carne y la yerba y el tabaco.

Tristeando coplas en rueda de fogones, los siervos de latifundio y los milicos de fortín evocan los andares de aquel hermano arisco, hombre sin rey y sin ley, y así recuperan la memoria de su perdida libertad.



1879
Port-au-Prince

Maceo

El desterrado Antonio Maceo llega al alto de Belle Air, camino de Santo Domingo, cuando cinco asesinos se abalanzan. Es noche de toda luna, pero Maceo escapa del tiroteo y se hunde al galope en la manigua. El cónsul español en Haití había prometido a los verdugos veinte mil pesos en oro. Maceo es el más popular y peligroso de los guerreros de la independencia de Cuba.

En la guerra ha perdido al padre y a catorce hermanos; y a la guerra volverá. En el trueno de la caballería, cuando el chischás de los machetes arremete contra las bocas de los cañones, Maceo cabalga adelante. En combate ha ganado todos sus ascensos y nada bien les cae, a algunos jefes blancos, que un casi negro sea mayor general.

Maceo pelea por una revolución de verdad. *No se trata de sustituir a los españoles,* dice. La independencia no es el fin último, sino el primero. A partir de ella habrá que cambiar a Cuba, y mientras el pueblo no mande no se hará patria la colonia. Los grandes terratenientes criollos desconfían, con toda razón, de este hombre que dice que nada tiene de sagrado el derecho de propiedad.

1879
Islas Chinchas

El guano

De pura mierda estaban hechas las colinas que se alzaban en las islas. Durante milenios, millones de aves habían concluido su digestión en las costas del sur del Perú. Los incas sabían que este guano era capaz de resucitar cualquier tierra, por muerta que pareciera; pero Europa no conoció los mágicos poderes del fertilizante peruano hasta que Humboldt llevó las primeras muestras.

El Perú, que había ganado prestigio mundial por la plata y el oro, pudo perpetuar su gloria gracias a la buena voluntad de los pájaros. Hacia Europa navegaban los navíos, cargados de guano maloliente, y volvían trayendo estatuas de puro mármol de Carrara para decorar la alameda de Lima. Venían las bodegas repletas de ropas inglesas, que han arruinado los telares de la sierra sureña, y vinos de Burdeos que han liquidado los viñedos nacionales de Moquegua. Casas enteras llegaron a El Callao desde Londres. Desde París se importaron hoteles completos, de lujo, con cocinero y todo.

Al cabo de cuarenta años, están arrasadas las islas. El Perú ha vendido doce millones de toneladas de guano, ha gastado el doble y ahora debe a cada santo una vela.

1879
Desiertos de Atacama y Tarapacá

El salitre

La guerra no estalla por el guano, que poco queda. Es el salitre quien lanza al ejército chileno a la conquista de los desiertos, contra las fuerzas aliadas de Perú y Bolivia.
De los estériles desiertos de Atacama y Tarapacá sale el verdor de los valles de Europa. En estas soledades no hay más que lagartijas escondiéndose en el pedrerío y piaras de mulas acarreando hacia los puertos del Pacífico los cargamentos de salitre, grumosa nieve que devolverá el entusiasmo a las cansadas tierras europeas. Nada hace sombra en este mundo sin nada, como no sean las fulgurantes montañas de salitre secándose al sol en el desamparo y los obreros miserables, guerreros del desierto que usan por cota una ruinosa bolsa de harina, piquetas por lanzas y palas por espadas.
El salitre o nitrato resulta imprescindible para los negocios de la vida y de la muerte. No sólo es el más codiciado de los fertilizantes. Además, mezclado con carbón y azufre, se convierte en pólvora. Lo necesitan la agricultura y la próspera industria de la guerra.

1880
Lima

Los chinos

Chile invade y arrasa. Con uniformes ingleses y armas inglesas, el ejército chileno derrumba las poblaciones de Chorrillos, Barranco y Miraflores, playas de Lima, sin dejar piedra sobre piedra. Los oficiales peruanos mandan indios al matadero y huyen gritando: *¡Viva la patria!*
Hay muchos chinos, chinos del Perú, peleando del lado chileno. Son chinos huidos de los latifundios, que entran en Lima cantando gratitudes al general invasor, Patricio Lynch, el Príncipe Rojo, el Salvador.
Esos chinos habían sido embarcados, hace pocos años, por los traficantes ingleses, portugueses y franceses en los puertos de Macao y Cantón. De cada tres, dos llegaron vivos al Perú. En el puerto de El Callao, fueron puestos en venta: los diarios de Lima los ofrecían *acabaditos de llegar.* A muchos marcaron con hierro candente. El ferrocarril, el algodón, el azúcar, el guano y el café necesitaban brazos esclavos. En las islas guaneras, los guardias no les quitaban el ojo de encima, porque al menor descuido los chinos se mataban arrojándose a la mar.
La caída de Lima desata el caos en todo el Perú. En el valle de Cañete, se alzan los negros. Al fin del carnaval, un miércoles de ceniza, estalla el odio de siglos. Ritual de humillaciones: los negros, hasta hace poco esclavos y como esclavos tratados todavía, vengan antiguos rencores matando chinos, también esclavos, a golpes de palo y machete.

1880
Londres

Reivindicación de la pereza

Corrido por la policía francesa y castigado por el invierno inglés, que hace mear estalactitas, Paul Lafargue escribe en Londres un nuevo alegato contra *el criminal sistema que hace del hombre un miserable sirviente de la máquina.*

La moral capitalista es una lamentable parodia de la moral divina, escribe el yerno cubano de Marx. Como los frailes, el capitalismo enseña a los obreros que ellos han nacido en este valle de lágrimas para trabajar y sufrir; y los induce a entregar a sus mujeres y a sus niños a las fábricas, que los trituran doce horas por día. Lafargue se niega a acompañar *los cantos nauseabundos en honor del dios Progreso, hijo mayor del Trabajo,* y reivindica el derecho a la pereza y al pleno goce de las pasiones humanas. La pereza es un regalo de los dioses. Hasta Cristo la predicó en el Sermón de la Montaña. Alguna vez, anuncia Lafargue, acabarán los tormentos del hambre y del trabajo forzado, más numerosos que las langostas de la Biblia, y entonces la tierra se estremecerá de alegría.

1881
Lincoln City

Billy the Kid

–Voy a darle un consejo, doc.

Hasta hace un minuto, Billy the Kid esperaba la horca en una celda. Ahora apunta al sheriff desde lo alto de la escalera.

–Empiezo a cansarme, doc.

El sheriff le arroja la llave de las esposas y cuando Billy se agacha estalla un relámpago de revólveres. El sheriff se desploma con una bala en el ojo y la estrella de plata hecha polvo.

Billy tiene veintiún años y veintiuna muescas en la culata del Colt, sin contar a los apaches y mexicanos que ha matado sin registro.

–Yo que tú no lo haría, forastero.

Empezó su carrera a los doce, cuando un holgazán insultó a su madre y él huyó a todo galope, blandiendo una navaja que goteaba sangre.

1882
Saint Joseph

Jesse James

Jesse y sus muchachos, los *James boys,* habían combatido junto al ejército esclavista del sur y después fueron los ángeles vengadores de la tierra vencida. Por puro sentido del honor han desplumado once bancos, siete trenes postales y tres diligencias. Escupiendo por el colmillo, desganado, sin tomarse el trabajo de desenfundar el arma, Jesse ha enviado dieciséis prójimos al otro mundo.

Un sábado de noche, en Saint Joseph, Missouri, su mejor amigo le mete un tiro en la espalda.

–Tú, pequeña, sécate esas lágrimas y sirve jarabe para todos. Y a ver si quitan del paso esa basura. Les diré lo que era. ¿Saben lo que era? Era más tozudo que todos los mulos de Arizona.





1882
Praderas de Oklahoma

El crepúsculo del cowboy

Hace medio siglo, el legendario caballo salvaje de Oklahoma maravilló a Washington Irving y le inspiró la pluma. Aquel indomable príncipe de las praderas, flecha blanca de crines, es hoy bestia de carga o mansa cabalgadura. También el *cowboy,* campeón de la conquista del Oeste, ángel de justicia o bandolero vengador, se hace soldado o peón obediente de horarios. El alambre de púas avanza a un ritmo de mil kilómetros por día y los trenes frigoríficos atraviesan las grandes llanuras de los Estados Unidos. Las baladas y las novelitas evocan los buenos tiempos de las caravanas de carretas, los quejosos ejes de madera engrasados con tocino, los aullidos de los coyotes y de los indios, y Buffalo Bill está demostrando que la nostalgia puede convertirse en industria muy lucrativa. Pero el *cowboy* es una máquina más entre las máquinas que despepitan el algodón, trillan el trigo, apilan el arroz o baten el heno.

1882
Nueva York

También usted puede triunfar en la vida

El camino de la felicidad ya no conduce solamente a las praderas del Oeste. Ahora es también el tiempo de las grandes ciudades. El silbato del tren, flauta mágica, despierta a los jóvenes que duermen la siesta pueblerina y los invita a incorporarse a los nuevos paraísos de cemento y acero. Cada huérfano andrajoso, prometen las voces de sirena, se convertirá en próspero empresario si trabaja con fervor y vive con virtud en las oficinas o las fábricas de los edificios gigantescos.
Un escritor, Horatio Alger, vende estas ilusiones en millones de ejemplares. Alger es más famoso que Shakespeare y sus novelas circulan más que la Biblia. Sus lectores y sus personajes, mansos asalariados, no han dejado de correr desde que bajaron de los trenes o de los buques transatlánticos. En la realidad, la pista está reservada a un puñado de atletas de los negocios, pero la sociedad norteamericana consume masivamente la fantasía de la libre competencia y hasta los cojos sueñan con ganar carreras.

1882
Nueva York

La Creación según John D. Rockefeller

En el principio hice la luz con farol de queroseno. Y las tinieblas, que se burlaban de las velas de sebo o de esperma, retrocedieron. Y amaneció y atardeció el día primero.
Y el día segundo Dios me puso a prueba y permitió que el demonio me tentara ofreciéndome amigos y amantes y otros despilfarros.
Y dije: «Dejad que el petróleo venga hacia mí.» Y fundé la Standard Oil. Y vi que estaba bien y amaneció y atardeció el día tercero.



Y el día cuarto seguí el ejemplo de Dios. Como El, amenacé y maldije a quien me negara obediencia; y como El apliqué la extorsión y el castigo. Como Dios ha aplastado a sus competidores, así yo pulvericé sin piedad a mis rivales de Pittsburgh y Filadelfia. Y a los arrepentidos prometí perdón y paz eterna.
Y puse fin al desorden del Universo. Y donde había caos, hice organización. Y en escala jamás conocida calculé costos, impuse precios y conquisté mercados. Y distribuí la fuerza de millones de brazos para que nunca más se derrochara tiempo, ni energía, ni materia. Y desterré la casualidad y la suerte de la historia de los hombres. Y en el espacio por mí creado no reservé lugar alguno a los débiles ni a los ineficaces. Y amaneció y atardeció el día quinto.
Y por dar nombre a mi obra inauguré la palabra *trust.* Y vi que estaba bien. Y comprobé que giraba el mundo alrededor de mis ojos vigilantes, mientras amanecía y atardecía el día sexto.
Y el día séptimo hice caridad. Sumé el dinero que Dios me había dado por haber continuado Su obra perfecta y doné a los pobres veinticinco centavos. Y entonces descansé.

1883
Bismarck City

Los últimos búfalos del norte

El búfalo es ya una curiosidad en Montana y los indios blackfeet roen huesos viejos y cortezas de árbol.
Toro Sentado encabeza la última cacería de los sioux en las llanuras del norte. Después de mucho andar, encuentran unos pocos animales. Por cada uno que matan, los sioux piden perdón al Gran Búfalo Invisible, según quiere la tradición, y le prometen que no desperdiciarán ni un pelo del muerto.
Poco después, el Ferrocarril del Pacífico Norte celebra la culminación de su vía, que llega de costa a costa. Esta es la cuarta línea que atraviesa el territorio norteamericano. Las locomotoras de carbón, con frenos neumáticos y coches Pullman, avanzan delante de los colonos hacia las llanuras que fueron de los indios. Por todas partes brotan ciudades nuevas. Crece y se articula el gigantesco mercado nacional.

Las autoridades del Ferrocarril del Pacífico Norte invitan al jefe Toro Sentado a pronunciar un discurso en la gran fiesta de inauguración. Toro Sentado llega desde la reservación donde los sioux sobreviven por caridad. Sube al palco cubierto de flores y banderas y se dirige al presidente de los Estados Unidos, a los ministros y personalidades presentes y al público en general:

–*Odio a los blancos* –dice–. *Ustedes son ladrones y mentirosos…*

El intérprete, un joven oficial, traduce:

–Mi corazón rojo y dulce os da la bienvenida...

Toro Sentado interrumpe el clamoroso aplauso del público:

–*Ustedes nos han arrancado la tierra y nos han hecho parias...*

El público ovaciona, de pie, al emplumado guerrero; y el intérprete transpira hielo.

1884
Santiago de Chile

El mago de las finanzas come carne de soldados

Nuestros derechos nacen de la victoria, la ley suprema de las naciones, dice el gobierno vencedor.

La guerra del Pacífico, guerra del salitre, ha terminado. Por mar y por tierra Chile ha pulverizado a sus enemigos. Se incorporan al mapa chileno los inmensos desiertos de Atacama y Tarapacá. Perú pierde el salitre y las exhaustas islas guaneras. Bolivia pierde la salida al mar y queda acorralada en el corazón de América del sur.

En Santiago de Chile celebran la victoria. En Londres la cobran. Sin disparar un tiro ni gastar un penique, John Thomas North se ha convertido en el rey del salitre. Con dinero prestado por los bancos chilenos, North ha comprado a precio de bagatela los bonos que el Estado peruano había entregado a los antiguos propietarios de los yacimientos. North los compró no bien estalló la guerra; y antes de que la guerra terminara, el Estado chileno tuvo la gentileza de reconocer los bonos como legítimos títulos de propiedad.

1884
Huancayo

La patria paga

Tres años y doscientas leguas de lucha incesante ha recorrido el mariscal Andrés Avelino Cáceres, con sus guerrilleros indios, contra los invasores chilenos en las sierras del Perú.

Los indios de las comunidades llaman *Taita* a su mariscal, hombre de marciales patillas; y muchos han muerto, por seguirlo, lanzando vivas a una patria que los desprecia. También en Lima los indios fueron carne de cañón y el cronista social Ricardo Palma echó la culpa de la derrota *a esa raza abyecta y degradada.*

En cambio, el mariscal Cáceres afirmaba hasta hace poco que el Perú había sido vencido por sus propios mercaderes y burócratas. Hasta hace poco, también rechazaba el tratado de paz que amputa un buen pedazo del Perú. Ahora, Cáceres ha cambiado de idea. Quiere ser presidente. Tiene que hacer méritos. Es preciso desmovilizar a los indios armados, que han peleado contra los chilenos pero también han invadido haciendas y están amenazando el sacro orden latifundista.

El mariscal convoca a Tomás Laimes, jefe de la guerrilla de Colca. Llega Laimes a Huancayo con mil quinientos indios. Viene a decir:

–Ordene, mi Taita.

Pero no bien llega Laimes, le desarman la tropa. Apenas atraviesa el umbral del cuartel, cae de un culatazo. Y después lo fusilan, vendado y sentado.

1885
Lima

«El mal viene de arriba», dice Manuel González Prada

El Perú gime bajo la dominación de unos cuantos seres privilegiados... Esos hombres nos laminarían entre los cilindros de un trapiche, nos destilarían en la pila de un alambique, nos carbonizarían en un horno de quemar metales, si de nuestro residuo pudieran extraer un solo miligramo de oro... Ellos, como tierra maldita, reciben la semilla y beben el agua sin producir jamás el fruto...

En la guerra con Chile, probaron su cobardía, no habiendo tenido coraje ni para defender la presa del guano y del salitre... Fuimos ultrajados, pisoteados y ensangrentados como no lo fue nación alguna; pero la guerra con Chile nada nos ha enseñado ni de ningún vicio nos ha corregido.

1885
Ciudad de México

«Todo es de todos», dice Teodoro Flores, indio mixteco, héroe de tres guerras.

–¡Repítanlo!

Y los hijos repiten: *Todo es de todos.*

Teodoro Flores ha defendido a México contra los norteamericanos, los conservadores y los franceses. El presidente Juárez le dio por premio tres fincas, con buena tierra. El no aceptó.

–La tierra, el agua, los bosques, las casas, los bueyes, las cosechas. De todos ¡Repítanlo!

Y los hijos repiten.

Abierta al cielo, la azotea está casi a salvo del olor a mierda y a fritanga, y hay casi silencio. Aquí se puede tomar el fresco y conversar, mientras en el patio de abajo los hombres disputan una hembra a cuchilladas, alguien llama a gritos a la Virgen y los perros aúllan trayendo muerte.

–Cuéntenos de la sierra –pide el hijo menor.

Y el padre cuenta cómo se vive en Teotitlán del Camino. Allá trabajan los que pueden y se reparte a cada cual lo que necesita. Está prohibido que nadie tome más de lo que necesita. Eso es delito grave. En la sierra se castigan los delitos con silencio, desprecio o expulsión. Fue el presidente Juárez quien llevó la cárcel, que allá no se conocía. Juárez llevó jueces y títulos de propiedad y mandó dividir la tierra común:

–Pero nosotros no hicimos caso a los papeles que nos dio.

Teodoro Flores tenía quince años cuando aprendió la lengua castellana. Ahora quiere que sus hijos se hagan abogados, para defender a los indios de las artimañas de los doctores. Por eso los trajo a la capital, a esta pocilga estrepitosa, a malvivir amontonados entre hampones y mendigos.

–Lo que Dios creó y lo que el hombre crea. Todo es de todos. ¡Repítanlo!

Noche tras noche, los niños lo escuchan hasta que los voltea el sueño.

–Nacemos todos iguales, encueraditos. Somos todos hermanos. ¡Repítanlo!

1885
Colón

Prestán

La ciudad de Colón nació hace treinta años, porque necesitaba una estación terminal el tren que atraviesa Panamá de mar a mar. Nació la ciudad sobre los pantanos del mar Caribe, y ofreció fiebres y mosquitos, hoteluchos y garitas y burdeles a los aventureros que afluyeron en busca del oro de California, y miserables barracas a los obreros chinos que tendieron las vías y murieron de peste o tristeza.

Este año, Colón ardió. El fuego devoró las galerías de madera, las casas y los mercados, y Pedro Prestán cargó con la culpa. Prestán, maestro y doctor, casi negro, siempre luciendo bombín y corbatín, siempre impecable en las calles de barro, había estado al frente de una insurrección popular. Mil *marines* se lanzaron sobre tierra panameña, diciendo proteger el ferrocarril y otros bienes de propiedad norteamericana. Prestán, el que defendió a los humillados con alma y vida y sombrero, cuelga de la horca.

El crimen maldice a Colón. Por expiación se incendiará la ciudad, cada veinte años, desde ahora y hasta siempre.